

# Entrevista con Rafael Dieste



Rafael Dieste (1899-1981) nace en la localidad gallega de Rianxo. En su adolescencia emigra a México. De vuelta en Galicia trabaja como periodista. En Misiones Pedagógicas fue jefe de equipo y creador y director del Teatro Guiñol, para las que escribió numerosas farsas. En este momento conoce a Carmen Muñoz Manzano, cacereña, inspectora de Primera Enseñanza y Misionera, con la que se casaría poco después. En la Guerra Civil el matrimonio Dieste asume un compromiso activo con la causa republicana, y participa en la organización y actividades de la Alianza de Escritores Antifascistas. Es nombrado director del Teatro Español de Madrid. Funda, con Sánchez Barbudo y Gil Albert, la revista *Hora de España*. Dirige la publicación *Nova Galiza* y funda las revistas *El mono azul* y *El buque rojo*. En 1938 se incorpora al frente del Este donde, junto con Sánchez Barbudo, es redactor de la revista *El combatiente del Este*.

Tras la guerra pasa un breve periodo de tiempo en un campo de concentración francés del que sale para exiliarse con Carmen en Uruguay y Argentina, donde desempeña una intensa actividad editorial. Entre 1949 y 1952 fue lector de español en Cambridge y en 1953 se incorpora como profesor a la universidad de Monterrey (México). En 1955 el matrimonio Dieste regresa a Argentina donde, además de su continuación en el trabajo editorial, participará en actividades vinculadas con la cultura gallega. En agosto de 1961 regresan definitivamente a Galicia y en 1979 Rafael Dieste ingresa como miembro de la Real Academia Galega da Lingua.

Periodista, poeta, dramaturgo, ensayista, editor, crítico de arte, Dieste cuenta con una amplia obra. En narrativa pueden citarse *Dos arquivos do trasno: contos do monte e do mar* (1926) e *Historias e invenciones de Félix Muriel* (1943), en teatro *A festa valdeira* (1927), *Viaje y fin de Don Frontán* (1930) y *Quebranto de Doña Luparia y otras farsas* (1934) y entre su obra ensayística, *La vieja piel del mundo: sobre el origen de la tragedia y la figura de la historia* (1936).

A continuación presentamos un amplio extracto de la entrevista realizada por Eugenio Otero Urtaza a Rafael Dieste, dos meses antes de su fallecimiento, y recogida en el libro *Las Misiones Pedagógicas: una experiencia de educación popular* de Otero Urtaza, al que agradecemos su permiso.

**Algunos autores hablan de las influencias “difusas” que ejerció la Institución Libre de Enseñanza en los intelectuales españoles, tanto en el campo ideológico como en el político y especialmente en el de la educación. ¿Consideras que tu grupo participaba en ese ambiente que se ha convenido en llamar “Institución difusa”?**

Cada misionero tenía, como es natural, su personal modo de pensar, pero no cristalizado doctrinariamente, sino en proceso, y en conexión con la variedad de influjos circunstanciales o espirituales del momento. Existía, evidentemente, un espíritu de grupo, fundado en el diálogo y en todo un orden de afinidades espontáneas, más definidas en el campo de los problemas que en el de las posibles soluciones. Es claro que entre los influjos aludidos figuraba –no siempre de un modo patente para nosotros mismos– el de la Institución o, más exactamente, el de los

institucionistas de más vivo y justificado ascendiente, tales como Giner, Cossío, Antonio Machado... No estábamos, en suma, inscritos en clase alguna de beatería, respecto a la Institución o al Patronato –lo cual tampoco le habría complacido a éste– sino aportando a la empresa misional –al mismo tiempo que nuestro entusiasmo– nuestra inventiva, iniciativas y sentido crítico; disposición que, naturalmente, personas del espíritu de Cossío o de don Luis Santullano tenían que valorar positivamente. Lo mismo estas personas que un Antonio Machado o un Salinas se nos aparecían como promotores de ideales que han de irse concertando con la realidad.

Ahora bien, en cierta ocasión, al regresar de una Misión, don Juan López Suárez me preguntó qué conclusiones había sacado de mis viajes por España. “¿Qué es lo que cree usted que necesitamos?” me preguntó. “Don Juan –le

---

Eugenio Otero Urtaza

---

contesté–, realmente es una pregunta que me coge de sorpresa porque es, claro, el motivo de todas mis reflexiones en este momento, pero así, de pronto, no me resulta fácil contestarle en síntesis”. Y él me respondió: “¡Cultura, Dieste, cultura!”.

Ante estos remilgos de algunas personas vinculadas a la Institución o a la Junta, teníamos una actitud ligeramente burlesca. Este supuesto de que todo era cuestión de cultura o alfabetismo, nos parecía cómico. Nosotros, que éramos más jóvenes, y sobre todo después de estar en los pueblos, veíamos que había muchas cosas que no eran cuestión de cultura, en ese sentido tan general.

Luego, no compartíamos su europeísmo, aunque habría que hacer matizaciones, pues en eso había diversos grados. El suponer que todo se resolvía mediante una aproximación de España a ideales y métodos europeos nos parecía absurdo. Nos parecía que podía ser incluso la renuncia de España a su propio mensaje y a su función como país europeo. Era mejor que continuara siendo “bruta” un poco más de tiempo, hasta saber lo que tenía que decir, y decirlo bien y de una vez, que no hacer una imitación, a título de cultura, del resto de Europa. Con todo esto, lo que quiero decir es que no teníamos una actitud de subordinación, ni pertenecíamos a esa llamada “Institución difusa”. Pero, al mismo tiempo que manteníamos una actitud crítica, sentíamos una verdadera simpatía por estas personas, que no podían ser mejores personas; eran de una dignidad extrema. Sin embargo su visión de las cosas nos parecía a nosotros un poco convencional, simpática, pero convencional, de acuerdo con nuestra experiencia o, incluso, anticipándonos a ella.

Observarás que uso la palabra *nosotros* con una cierta familiaridad y, sin embargo, no me sería fácil establecer su contenido. A lo largo del tiempo se ha visto hasta qué punto éramos diferentes y, a la vez, afines. Piensa ahora en los nombres de escritores y artistas con los que por entonces fue más estrecha mi vinculación: Sánchez Barbudo, María Zambrano, Eduardo Vicente, Ramón Gaya, Arturo Serrano Plaja, Luis Cernuda, Otero Espasandín, Enrique Azcoaga, Lorenzo Varela, Urbano Lugrís, Miguel

Prieto, Antonio Ramos, Cándido Fernández Mazas... No intento ahora hacerte una lista exhaustiva, sino únicamente evocar, con muestras primordiales, toda una galería de imágenes –acompañadas para mí de entrañables recuerdos–, que puede sugerir la variedad de caracteres, destino, vocaciones y, a la vez, un cierto halo de conjunto que, sin duda, habrá sido bastante notorio como para dar pie a designarnos colectivamente como “grupo de Misiones”, y más tarde, en gran parte, grupo de *Hora de España*.

---

*“Usábamos, hasta donde nos era posible, los recursos de los juglares pero no era simple juglaría. En primer lugar procurábamos devolver la conciencia de sus propios valores al pueblo. Ahora bien, lo que no podíamos hacer nosotros era la reforma agraria ¿no?”*

---

**¿Y ese halo no tiene justamente algo que ver con el de las personas y móviles más característicos de la Institución?**

El fenómeno que llamas Institución es seguramente mucho más vario –lo mismo en su interioridad que en su despliegue– de lo que suele suponerse. Dejando a un lado las simplificaciones al uso, y recordando que el fenómeno se produce en España y en España lucha y prolifera, podemos ver no sin sorpresa –sobre todo ahora, a distancia, después de tantos avatares históricos– que el “fenómeno” pertenece a la entraña misma del proceso español y ha tenido un poder de florecimiento que desborda cualquiera de las definiciones circulantes del pregonado, y a veces maltratado, institucionismo. Las Misiones, y con ellas mucho de lo más valioso de los misioneros enjuiciados colectivamente, es claro que tiene que ver con ese florecimiento.

Nosotros somos de las personas que han sido amparadas, en sus planes de alto didactismo o educación, por la Institución, pero teníamos una actitud muy distinta, más realista incluso, y más referida a España tal como era, independientemente de lo que pudiera ser Europa. Luego, en las

concepciones artísticas, salvo Cossío, que lo mismo podía entender a Picasso que a Velázquez o a Berruguete, estábamos también muy lejos de ellos. El que podía estar con nosotros era Machado. El fue quien defendió mis farsas frente al criterio de los otros miembros del Patronato, que suponían que quizá no eran muy populares, y estaban muy serios como si se tratase de un auto de fe. Yo creo que personas como Antonio Machado y el mismo Cossío, están muy por encima, o al margen, del ambiente que envolvía a la Institución, sin quitar mérito desde el punto de vista moral y de trabajo a los beneficios que han ocasionado a España las personas que se movían en este ambiente.

Por quien estábamos fuertemente influidos era por Unamuno. También por Ortega, pero incluso María Zambrano tenía pequeñas rebeldías siendo discípula suya. Suponiendo a Ortega más consecuente, y a Unamuno, digamos, más “loco”, estábamos más cerca de Unamuno.

---

*“Lo que no hacíamos, ni nos incumbía, era propaganda política, pese a lo cual algunos sectores caciquiles, o de extremado y rancio conservatismo, no sólo nos miraban con recelo, sino que procuraban llevar éste a la conciencia popular e incluso infantil”*

---

**De todos modos, se ha dicho que las Misiones eran un tanto ajenas a las necesidades más perentorias del campesinado de los pueblos de España. Con canciones y teatro no se solucionaba la miseria. Luis Huerta entonces, y más tarde Tuñón de Lara apuntaron, en este sentido, a otro tipo de acciones que el campo necesitaba y que no se contemplaban en el conjunto de actividades que realizaban las Misiones.**

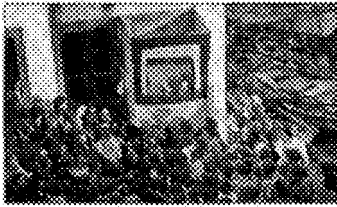
No se esperaba de nosotros que fuéramos a hacer ninguna clase de revolución, ni se deseaba que fuésemos a eso. Nosotros creábamos un orden de ilusiones, de formas de sociabilidad, de participación, y esto probablemente podía ser un estímulo para vigorizar en el pueblo

el sentido cívico y la voluntad de reforma.

Tanto Cossío, como Machado o Santullano, y toda la gente que estaba en el Patronato, conocían perfectamente los problemas que sacudían a España. Sabían muy bien que había paro, que había hambre, incluso hambre endémica y tradicional, y no suponían que las cosas podían arreglarse simplemente por Decreto. Tampoco estaba en nuestras atribuciones y posibilidades el ir por las aldeas repartiendo víveres y ropas como en medio de una catástrofe.

Con todo, aparte de los efectos indirectos que podían tener las Misiones en la esfera de la conciencia política y, consecuentemente, del mejoramiento de la vida del pueblo en todos sus aspectos, tomábamos en cuenta la necesidad de unir a nuestras actividades ‘juglarescas’ divulgaciones de utilidad más inmediata, ya fuese a título de ejemplo –películas sobre aspectos del progreso técnico–, o con carácter de consejos u orientaciones en diversos campos: sanitario, cívico, agrícola... (...) En el aspecto cívico se hicieron algunas elementales divulgaciones sobre derechos y deberes, tomando como base la Constitución. Usábamos, hasta donde nos era posible, los recursos de los juglares pero no era simple juglaría. En primer lugar procurábamos devolver la conciencia de sus propios valores al pueblo. Ahora bien, lo que no podíamos hacer nosotros era la reforma agraria ¿no? Nuestro papel era dar al pueblo el sentido de la fraternidad humana. Si el campesino está hecho un erizo pensando únicamente en su finquita, es completamente reaccionario; primero hay que flexibilizarlo, quitarle las púas, quitarle la costra, hacerle salir de su cascarón individual, que se humanice, que baile, que cante, que se vuelva un poco más dionisiaco, y, justamente gracias a estos juglares que han venido, que entienda que el destino de la humanidad no es sólo tener una finquita, sino que es un destino más amplio.

**A mí desde luego no me cabe la menor duda. Y aun así el grado de crispación que las Misiones produjeron en algunos pueblos fue considerable, como he podido comprobar.**



El Guiñol en Malpica, Coruña

Lo que no hacíamos, ni nos incumbía, era propaganda política, pese a lo cual algunos sectores caciquiles, o de extremado y rancio conservatismo, no sólo nos miraban con recelo, sino que procuraban llevar éste a la conciencia popular e incluso infantil. En algún pueblo –acaso Turégano– desde las bocacalles, los niños, sin duda mandados, nos motejaban de comunistas con voces de abucheo. “¡Comunistas!”... Aunque en seguida, con voz confidencial preguntaban: “¿A qué hora es el cine?” Este es un signo, entre tantos otros, de que para esos sectores las Misiones no tenían nada de inocuas o de inoperantes.

**Rafael, ¿cómo ves ahora, de una forma global, lo que significaron las Misiones?**

Ante todo, un intento de llevar al pueblo, principalmente de los campos y pequeñas villas, una imagen de la cultura (y, consecuentemente, las más inmediatas posibilidades de disfrutar de ella) en que se nos presenta como bien común, no como privilegio de determinados estamentos y, por lo tanto, no en los aspectos técnicos que implican especialización, sino en aquellos de índole ética y estética en que todos, con más o menos penetración, podemos participar, siendo así fundamento de comunidad, de entendimiento mutuo, más que de división, ya sea la originada por el parcelamiento del saber o la que resulta de la falta, en unos, de hábitos adecuados y de la falta, en otros, de impulso comunicativo.

En esa imagen quedan incluidas las tradiciones de que es depositario el pueblo, y que eran las que intentábamos revalorar, pero no aparte de otros valores, sino en el conjunto cultural que los incluye a todos.

Este propósito, que parece ser el fundamental de Cossio, coincide con un momento en que se replantean en España problemas largamente diferidos, y que afectan unas veces a necesidades perentorias, y otras, a la capacitación escolar y post-escolar: urgencias que no podían hallar satisfacción directa a través de nuestras Misiones. Pero hay que notar que éstas, aun prescindiendo ahora de otros aspectos, tales como la distribución de bibliotecas –con las que intentaban

completar su actividad directa– no dejaron de incluir en su programa la difusión de conocimientos prácticos ni las informaciones relativas al progreso técnico.

**A lo largo de vuestra labor –y con una dedicación tan entusiasta– es seguro que os preocuparía ir perfeccionando su orientación.**

De ahí la cristalización final, para los misioneros, de un plan en que todo lo preconizado por Cossio quedara conciliado –o, más aún, hermanado– con la propagación de aspectos de la cultura en los que el pueblo pudiese hallar caminos de mejoramiento en todos los órdenes.

Pero hay todavía que añadir que el valor de las Misiones como un modo de acrecentar la experiencia, la solidaridad y el conocimiento directo del país en los misioneros mismos, abrían las puertas hacia la realización de una idea que, deslindada por mí en sus líneas principales, y completada a través del diálogo con sugerencias de Antonio Sánchez Barbudo y María Zambrano, sometimos a la consideración de don Fernando de los Ríos (ya había muerto Cossio). Se trataba de agregar a los equipos habituales los componentes que resultasen de conceder “pensiones para el interior”, no sólo para ampliación de estudios (como en el caso de las concedidas para el extranjero), sino llevando consigo la doble obligación de transmitir conocimientos y la de presentar finalmente informes sobre España en los aspectos relacionados con las varias disciplinas (leyes, sanidad, agronomía, etc.). El plan pareció muy bien a don Fernando de los Ríos y se dispuso a emprender en seguida los trámites para oficializarlo y ponerlo en práctica. Pero a los pocos días estalló la guerra.

Como resumen sustancial cabe observar dos cosas: una, que las Misiones fueron siempre fraternalmente recibidas por los pueblos en que tuvieron lugar, y otra, que el hecho de colaborar con las Misiones o de pertenecer a sus equipos “imprimía carácter”. Después de haber sido misionero, difícilmente se podría ser marrullero en política, ficticio o pedante en arte, descuidado en asuntos de ética profesional. ☑